
El Mariscal La Mar y el Buitre de Prometeo

La adversidad y la injusticia que despiadadas persiguen al Mariscal D. José de La Mar, ensañándose en sus días mortales y en su fama póstuma, recuerdan el mito del cuervo que desgarró las entrañas de Prometeo.

Pero el tiempo y la investigación realizan al fin la obra de Hércules, a quien los dioses permitieron liberar al titán encadenado, y ya comienzan a brillar, sin sombras, las virtudes que nimbaban las sienes del prócer de vida novelesca.

I

Nació La Mar en Cuenca, el 12 de Mayo de 1776. Era hijo de Marcos La Mar y de Josefa Cortázar. Se formó al lado de un encumbrado caballero de la Colonia: su tío don Isidro Cortázar, Oidor de la Audiencia de Bogotá y luego Regente de la de Quito. A su sombra llegó joven a España, ingresó en el ejército y después de haber combatido en el Rosellón—1792—tocóle actuar en la epopeya novelesca de las guerras napoleónicas. Tuvo como jefe y modelo al heroico Palafox, y siendo teniente coronel se destacó en la defensa de Zaragoza, la Ciudad gloriosa y mártir. Luego sirvió a órdenes de Blak, y hallóse entre las tropas de éste general rendidas a Souchet.

Herido y prisionero fué conducido a Francia. Una escapada digna de ser narrada por Alejandro Dumas (1) le llevó a través de la Suiza a Trieste, de donde regresó a España, a ofrecer nuevamente su espada a Fernando VII, que había ya recuperado la libertad y el trono.

El monarca premió a La Mar en 1815 con el cargo de Subinspector del Virreinato del Perú, con el grado de brigadier, y con la condecoración de la Gran Cruz de San Hermenegildo. Cuatro años después el Virrey Pezuela elevólo al rango de Mariscal de Campo, y desde entonces era Gobernador de la fortaleza del *Real Felipe* del Callao.

II.—ANTITESIS PRIMERA

Por esa época comenzó a deslizarse una gota de acíbar en su existencia. San Martín con sus huestes libertadoras había llegado al Perú; el Virrey constreñido por los manejos subterráneos de la guerra de zapa del eminente argentino, abandonó la capital, dejando las armas y los tesoros que no pudo sacar de ella, en los castillos inexpugnables del *Real Felipe*, bajo el mando de La Mar. San Martín por tierra y Lord Cochran por el océano, asediaban la fortaleza y la plaza del Callao,

(1) — El gran político ecuatoriano Vicente Rocafuerte, en un artículo publicado en Lima con motivo de la inhumación de los restos de La Mar, refirió cómo la ventana de la habitación de este general durante su prisión en Valencey daba frente a la casa de un noble legitimista, el cual le facilitó la fuga y lo condujo personalmente a Suiza, de donde, atravesando Italia de Norte a Sur, llegó a Nápoles, para plegarse al Príncipe de Castelfranco, al que había tratado en Madrid años atrás. El Príncipe le proporcionó pasaje para Cádiz en un buque inglés, y llegó cuando Fernando VII estaba restablecido ya en el trono, en 1814. Los Generales Eguía Freire, O'Donnell y Abadía lo recomendaron muy especialmente al Rey y le obtuvieron el grado de General y la Inspección de Lima. — (El Gran Mariscal José La Mar.— Juicio sobre este eminente cuencano, por V. Rocafuerte, O'Leary, Olmedo.... etc. — Cuenca, Ecuador — 1939).

y La Mar comenzó a padecer en su doble condición de ciudadano americano y jefe realista.

La voz de la tierra en que nació y sus vínculos con los eminentes peruanos que luchaban por la independencia, los sentimientos de su espíritu de hombre que había vivido en Francia, patria de la libertad y conocido de cerca a España, catedral del despotismo, eran fuerzas incontrastables, que lo arrasaban a la causa del legendario Libertador de Chile, a quien conocía desde los tiempos de la guerra del Rosellón, donde fueran compañeros de armas. Pero su honor de militar, la palabra empeñada, la gratitud al monarca y al Virrey que le colmaron de honores y le confiaron el último reducto: el *Real Felipe*, contrarrestaban sus ímpetus de patriota; y el paciente de nervios débiles, por no decir sin nervio; el hepático, caviloso y autoverdugo que era el General La Mar, empezó entre los muros de la fortaleza chalaca a remontar la cuesta del calvario de su neurastenia, y fué desde ese momento hasta el fin de sus días, el hombre colocado por el destino en una posición, cuya eminencia requería actitudes eminentes también: cuya delicadeza exigía en todo momento reacciones de nobleza y sacrificio; y que desde la altura contemplaba las responsabilidades ante la Historia de cada uno de sus pasos y de cada una de sus palabras.

Manteniendo al tope el pabellón de España en los castillos, disparaba con sus cañones formidables, diez veces mayores que los de los sitiadores, contra sus hermanos de patria y de ideal, porque el honor se lo imponía; y después de cada día de lucha sentía caer sobre su pobre alma, en las noches insomnes, los proyectiles que había disparado contra sus hermanos, lleno de dudas y de remordimientos. Estaba asesinando a la amada de sus sueños: la libertad americana, y sirviendo al verdugo de ella: Fernando VII. Al monarca, que destruyó las conquistas liberales de las Cortes de Cádiz en favor de los criollos de ultramar y torturó y asesinó en sus mazmorras a los campeones más decididos de la dignidad de América, que desde

hacia años luchaban por la igualdad de los derechos políticos entre peninsulares e hijos del Nuevo Mundo.

San Martín, dueño ya de Lima, asedió por mar y tierra al Callao. Mientras Lord Cochrane formaba su legendaria escuadra en la bahía, el General Las Heras atacaba porfiadamente desde los campos vecinos la inexpugnable fortaleza del *Real Felipe*; y La Mar, con un puñado de realistas, se mantenía sereno y resistente ante los alardes del primero, y destrozaba los planes del general argentino, que varias veces intentara tomar la fortaleza por ásalto.

III.—EL MISTERIO DE AQUELLA NOCHE

¿Qué pasó en las murallas del *Real Felipe* al introducirse en él Canterac? Esto ha sido un misterio hasta que, hace pocos años, el historiador Pacífico Otero, de inolvidable memoria para nosotros, descubrió los informes del Almirante Vacaro.

El 11 de Septiembre en una memorable junta de guerra convocada por La Mar, con asistencia del General Canterac, los brigadieres Feliú y Monet, el jefe de ingenieros Manuel Llanos, el Almirante Vacaro y los coroneles Carratalá y Valdés, se conocieron las instrucciones expedidas por el Virrey La Serna a los expedicionarios: tomar Lima, si podían hacerlo sin exponerse a un revés; imponer el más crecido cupo en metálico a los pobladores de la capital, y llevarse la casa de moneda con sus máquinas, cuños y hasta los empleados; tomar una parte de las armas del *Real Felipe* y aprovisionarlo para cuatro meses de resistencia. En fin, demoler, si era preciso, los castillos y regresar llenos de gloria, de fuerza y de oro a la Cordillera.

En este momento estalló la tempestad bajo las pesadas bóvedas de la sala de la fortaleza donde se celebraba la junta. Todo el plan había fracasado. Canterac, penetraba al castillo a consumir con sus tropas los escasos víveres que quedaban. Había desfilado delante de Lima y de los independien-

tes sin disparar un tiro. Su ejército estaba mermado por las deserciones y era necesario que saliese cuanto antes en una retirada que tenía mucho de fuga, para no empeorar la suerte de los sitiados, que ya estaba decididamente perdida por la desastrosa intrusión de Canterac.

La junta de guerra va perdiendo sus augustos caracteres. Bajo las pesadas bóvedas de la sala, retumban como cañonazos, las frases de denuestos y de reproche. Los bravos capitanes claman que un error del Virrey y una torpeza de Canterac los ha perdido irremediablemente. Canterac, perdida la moral, vocifera disculpándose, hasta que vierte la frase terrible: *en último caso hay que entregar los castillos después de saquearlos.*

En medio de esta escena, digna de las pugnas de los réprobos en la obra de Dante, hay una máscara amarilla, sin un gesto, sin una mirada, porque hasta los ojos hánse vitrificado en una actitud inexpresiva de cariátide. Es el General La Mar, que está vislumbrando el primer rayo de la esperanza; capitular, rescindir sus compromisos con Fernando VII, consagrarse a la patria en que ha nacido...

Canterac partió el 14 de Septiembre.

El prócer argentino comprendió que había llegado el momento de coger el triunfo del talento y de la táctica, sin verter una sola gota de sangre. Una de sus *batallas blancas*, batallas sin sangre, como él decía. Envió una vez más proposiciones de capitulación a La Mar, que esta vez las aceptó en el acto. En el cuartel general de Baquíjano reuniéronse sus delegados Manuel Arredondo y José Ignacio Colmenares con Tomás Guido, diputado de San Martín; concertadas las bases de la rendición el día 19, el 21 los realistas desalojaron los castillos. Momentos después flameaba al tope de ellos el bicolor peruano, mientras el General La Mar, a la cabeza de sus tropas desfilaba hacia Lima con todos los honores de una capitulación honrosa.

IV.—LA JUNTA GUBERNATIVA

El General San Martín, que, con el título de Protector del Perú, ejercía el mando supremo, dimitió el día mismo de la instalación del primer Congreso—20 de Septiembre de 1822—entregando a esta Asamblea el mando. El Congreso que debió haber elegido un Jefe del Ejecutivo, a fin de amoldarse a la clásica división de los Poderes, cayó en la tentación de ejercer dos de ellos, y optó por destacar a tres miembros de su seno para componer una Junta Gubernativa que debía regirse por un Reglamento que la privaba de facultades importantes, y la obligaba a proceder en todos sus actos con acuerdo, o por lo menos, con noticia de la Asamblea.

La brusca transición del coloniaje a la libertad encontraba al país sin elementos preparados para gobernar, por más que abundase en espíritus cultos e ilustrados; pero que no habían hecho estudios prácticos, por no permitir la organización de las colonias españolas que los criollos ejerciesen cargos públicos.

Paz Soldán, en la *Historia del Perú Independiente* (2.º período, tomo I, pág. 1) hablando de los días de la gesta emancipadora exhibe con estas palabras un cuadro, que es el de la agonía de un gran imperio; “Este período contiene los hechos más notables de nuestra emancipación política; en él tuvieron lugar acciones heroicas al lado de las más vergonzosas debilidades humanas. El filósofo, el moralista, el guerrero y el hombre de estado encontrarán en él un vasto campo para sus estudios; en él se abrió la carrera de las revoluciones y la desmoralización, a la vez que obteníamos los heroicos triunfos de Junín y Ayacucho. La anarquía está a riesgo de derrocar nuestra independencia, recién proclamada, pero todavía bamboleante; los intrigantes y malvados persiguen a los verdaderos patriotas, calumnian a los virtuosos y exaltan la nulidad, el crimen y la corrupción. Increíble parecerá que, a la vista del enemigo común de la libertad americana, se divi-

dan los que disputan su independencia, limitando su poder en guerras fratricidas”.

La Mar, Jefe de la Junta Gubernativa, carecía del genio y aun del carácter necesario para evolucionar dentro de ella, y asumir no el papel ineficaz que le señalaba el Reglamento dictado por el Congreso, sino el rol de mando necesario para la buena marcha del Estado en esas horas críticas. Pudo haberse inspirado en el ejemplo de Napoleón dentro del Triunvirato; pero su moderación, que en ese momento no era virtud sino defecto, se lo impedía.

El débil general sometíase a todo y en esas condiciones despachó el ejército organizado por San Martín para medirse, en definitiva, con las armas reales, que ocupaban el Interior y el Sur del Perú. El fracaso rotundo de esta expedición arrasó a la Junta en su caída.

Nada hizo ni pudo hacer La Mar en su Junta Gubernativa de figurones. Ni siquiera mantenerse en ella; y los políticos ambiciosos la hicieron caer tristemente, en el cuartelazo de 28 de Febrero de 1823. Pero al triunvirato y al Mariscal Riva Agüero, su sucesor, estaba quemándolos ya, desde lejos, la hoguera de las glorias de Bolívar. Bolívar era el Sol: al acercarse sus resplandores calcinaban la hojarasca del mérito discutible de tanto pigmeo. Además, necesitaba convertir en cenizas al Perú (2), para imponer su planta sin contradicciones y sin control en la tierra de los incas, donde estaba escrito que había de librarse la última batalla de la independencia americana.

(2) — En un folleto que publicó en Arequipa don Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, defendiéndolo en 1830 de los cargos que le hacían sus enemigos, dió a la estampa la famosa carta de Bolívar, dirigida en 1822 a su Ministro en el Perú, General Mosquera, que hasta ese día permanecía desconocida, en la que le decía:

“Es preciso trabajar para que no se establezca nada en el país, y el modo más seguro es dividirlos a todos. La medida adoptada por Sucre de nombrar a Torre Tagle embarcando a Riva Agüero con los diputados, y ofrecer a éste el apoyo de la división de Colombia para que disuelva el

V.—AYACUCHO

La Mar ingresó con Unanue — ambos representaban a Puno como diputados suplentes— a la primera Asamblea Constituyente del Perú, y cuando ésta recibió de San Martín, que para siempre nos dejaba, las insignias del Poder Ejecutivo, presidió la Junta Gubernativa, que arrastró una lánguida existencia, desde Septiembre del 22 hasta Febrero del 23 cinco meses y una semana, al final de los cuales el primer cuartelazo de nuestra vida independiente lo arrojó del palacio de Pizarro. Aquel 28 de Febrero inicia el menguante de la estrella del insigne General. Desde ese momento con violentas alternativas las mareas del destino le elevan a las cumbres y le precipitan a los abismos, como juguete a veces de la fatalidad de los acontecimientos y a veces de la intriga de los hombres, que sorprenden la buena fe del guerrero y la confianza del amigo cabelloroso.

Es entre esas alternativas que tocóle llegar al punto más alto de su gloria: Ayacucho. Desde meses atrás, solicitado por Bolívar, entregóse a crear una división peruana para participar con los bravos de Colombia en las últimas campañas de la independencia. Estuvo en Junín presente, aunque no intervino en ese lance, que fué sólo un duelo de caballería y actuó en Ayacucho como factor decisivo desde antes de la batalla. (3).

Congreso, es excelente. Es preciso que no exista ni simulacro de Gobierno, y esto se consigue multiplicando el número de mandatarios y poniéndolos a todos en oposición. A MÍ LLEGADA DEBE SER EL PERU UN CAMPO ROZADO PARA QUE YO PUEDA HACER EN EL LO QUE CONVenga”.

Hipólito Herrera en el *Album de Ayacucho*, Lima 1862, la reprodujo, copiándola de la publicación hecha por Rodríguez.

(3) — En el parte de la batalla de Ayacucho dice Sucre: que recomienda a todos los valientes de la tierra “la serenidad con que el señor General La Mar ha rechazado todos los ataques y aprovechando el instante de decidir la derrota”. — El Cónsul yanqui en Lima, Tudor, va

Vacilaba Sucre entre combatir o retirarse. Reunió a sus generales para someterles el asunto, y fué La Mar, el lánguido La Mar, quien abandonando su acostumbrada timidez, con más calor se pronunció por el ataque y decidió el punto.

Luego en medio de la épica jornada tocóle luchar contra el más temible de los grandes generales españoles, Jerónimo Valdés y sus aguerridos batallones. Entonces pudo verse la preparación y la moral que La Mar ha infundido a sus reclutas peruanos.

Finalmente, al momento de pronunciarse el triunfo de las armas americanas, cuando los realistas buscaban la salvación escalando el Condorcunca, apareció en la cumbre la gallarda división peruana, con La Mar a su frente. Con previsión y de-

más lejos: recogiendo una opinión muy generalizada, afirma que el triunfo de Ayacucho se debió a La Mar.

Agrega Gutiérrez de Quintanilla en su erudito aunque estrambótico folleto citado: "Autorizándose con el relato del General Nieto, el Deán Valdivia refiere cuál fué en el Ejército Unido Libertador el proceso generador de la gloriosa batalla. La victoria brilló en el espíritu del eminentísimo La Mar antes de la deliberación. A su empeño por librar batalla el General Sucre opone las dos reflexiones con que finaliza el pliego escrito por el Ministro Heres. Extremada circunspección, tino sumo en las operaciones, no librar la suerte del Perú y la América a la suerte de las armas, sin plena y absoluta seguridad del éxito". La excepcional responsabilidad contemplada y en estos términos definida, cohibe la acción del General en Jefe. La posible derrota causaría el pavoroso desastre del Perú y de Colombia".

"Reconocida aquella pobre situación La Mar propone romper los fuegos. Soy de vuestra opinión replica Nieto: si hemos de morir sin resistencia mejor es morir en el campo enemigo; que sea allí el combate de las dos fuerzas, la del verdugo que a mansalva mata y la del patriota que indefenso vence. Así llegó el 8 de diciembre de 1824, "día en que habiendo penetrado el sentimiento de la oficialidad La Mar representa al General en Jefe la necesidad de resolverse a dar la batalla. Sucre se resiste, pero accede a la celebración de una junta de guerra. Allí expuso La Mar las siguientes razones: Nuestro ejército es inferior al realista; perdimos en Corpahuayo parte del mejor batallón, de los equipos y la artillería; fuerza enemiga nos cortará la retirada sobre Huánuco; la tropa está sin calzado y los caballos sin herraduras; rehusado el combate, nuestra re-

nuedo había escalado antes las alturas, para cortar la retirada al enemigo.

Arrastró después de la batalla a Canterac a la tienda de Sucre, jefe del ejército patriota, a solicitar una capitulación. Estuvo en la jornada tan alto como Sucre y por encima del impetuoso Córdoba, a quien aventajaba en profundidad y en competencia.

Hay tres grandes momentos de La Mar en la epopeya del Condorcunca: la víspera, cuando su palabra se impone a Sucre, que supeditado por las órdenes de Bolívar, quiere rehuír el lance; el combate mismo, cuando se enfrenta con el más terrible jefe goda: Valdés, y decide la victoria, y el epílogo, cuando busca a Canterac, lo convence de que debe capitular y lo conduce, casi prisionero, a la tienda de Sucre.

tirada se hará a través de los pueblos hostiles y sin descanso; la retirada sobre Lima o Ica nos obliga a salvar la distancia inmensa, que bastará a destruirnos; en este precioso y reducido valle la naturaleza cubre nuestros flancos y el frente; de manera que el enemigo no podrá acometernos en formación; tenemos a retaguardia el pueblo de Quinua, de donde recibiremos auxilios; los españoles están colocados en la dura situación de atacarnos; nuestro ejército es valiente y no pudiendo desplegar el enemigo toda su fuerza, veo de nuestro lado las posibilidades de la victoria”.

“Este razonamiento persuade a los principales jefes y provoca en la Junta la votación deseada. Apoyado por la opinión unánime de los jefes peruanos, La Mar había conferenciado antes de la Junta con el General colombiano José María Córdoba, quien de un salto se pone de pie, escribe el Deán Valdivia, y abraza a La Mar diciéndole: “Mi General, cuente conmigo y con mis compañeros y se dará la batalla y mañana seré General de División o estaré en los infiernos”. El abrazo de estas dos culminantes figuras, fue un seguro de victoria, presagio de luminoso día”.

Carta a Sinforino García, publicada por V. Lecuna en la Revista de la Academia NL de la Historia, de Caracas, 18 de Diciembre de 1824, de Huamanga. Describe la batalla de Ayacucho y dice: “Mientras que la división del Perú, al mando del General La Mar y algunos batallones de reserva batieron completamente la derecha enemiga, que tal vez tendría más de cuatro mil hombres”.

La Mar es el hombre de Ayacucho. El 9 de Diciembre es el día cumbre de su existencia. Mereció que la suerte, que tanto le halagó esta vez, hubiera completado sus favores, haciéndole mandar el ejército. Entonces hubiera sido el autor del último lance de la epopeya de la emancipación de un mundo. Pero no fué injusta la suerte: La Mar había luchado antes contra la Independencia hasta 1822; fué pues generosa al otorgarle el rol más brillante, aunque no el más elevado el epónimo día de América.

Después, los pasos del Mariscal son vacilantes. Guardaba secreto rencor a Bolívar, que lo humillara en Guayaquil (4) y ocultó sus sentimientos mientras la causa del Perú le imponía colaborar al lado del hombre de Carabobo; pero todas sus pasiones de hombre tímido, puntilloso y reconcentrado, se revuelven cuando Bolívar lo cerca y le presiona para que asuma el mando de la República, después del triunfo. Al fin la voluntad incontrastable del Libertador lo arrastra al Palacio de Pizarro, y como ahí vacila, tómale materialmente de los brazos y, en forma antielegante y brusca, lo clava en el sitial presidencial, ante la expectación de la multitud. No sólo fué infeliz la postura en que el desventurado Mariscal cayó sobre la silla, sino que nunca pudo rectificarla, y en su menguada permanencia de unas pocas semanas en ella, todos fueron traspies y falsas posiciones, hasta que un buen día desapareció desairadamente por el foro.

(4) — Párrafo de una carta de Bolívar al Coronel Tomás Heres. Ica, 20 de Abril de 1825.

“Cuando llegue el General La Mar, dígame Ud. que estoy muy enfadado con él, que no ha querido venir a encargarse de su presidencia, que no tenga miedo del Gobierno, pues cuando yo deserte podemos desertar los dos juntos, y que mientras tanto su honor y el mío, reclaman esta reparación solemne, para que todo el mundo vea que yo soy justo con los justos y bueno con los buenos, y que si alguna vez soy violento, también suelo ser generoso en mis reparaciones, no obstinándome en sostener mis faltas o mis equivocaciones. Porque lo he desterrado de Guayaquil, quiero que sea Presidente del Perú. Impóngale bien el estado de las cosas, del espíritu del Gobierno y de mis intenciones”.

Desgraciadamente La Mar tenía un amigo intrigante como Talleyrand, astuto como Richelieu, sinuoso como Mazarino y cura como los tres: Luna Pizarro. Y este amigo con espíritu insinuante, su gramática parda y su voluntad acerada, tenía envuelta en una visible tela de araña todas las determinaciones del Mariscal, desde muchos años atrás. El lo llevó a Palacio en la Junta Gubernativa de 1822 para así presidir, tras de la pantalla, a la Cámara y el Ejecutivo, por medio de hechuras suyas. Cinco años después, cogiéndole entre sus melosidades y latines, arrastrólo nuevamente al mismo sitio, esta vez ya no para entregarle al ridículo, sino para el martirio.

Ido Bolívar, en Septiembre de 1826, quedó Santa Cruz en su reemplazo como jefe del Consejo de Gobierno; pero cuatro meses después fué sorprendido por la sublevación de la división auxiliar colombiana contra el Libertador (26 de Enero de 1827), de la que el Perú se aprovechó hábilmente para deshacerse de esas tropas, que ya estaban demás, y que limitaban la soberanía nacional. Aunque Santa Cruz, como político hábil, se plegó a última hora al movimiento de los rebeldes fué considerado como uno de los derrotados, y antes de perder su prestigio hubo de marcharse.

El Congreso, que como el de 1822 había caído entre las redes de Luna Pizarro, naturalmente eligió a La Mar Presidente de la República.

Ya el desventurado pupilo del Talleyrand arequipeño, no va a tener en el resto de su vida un solo día de felicidad, de calma siquiera. Su estrella se ha apagado para siempre. La gloria es una ogresa colocada en una cumbre, que se entrega a los fuertes y devora a los débiles que osan llegar hasta ella. El destino depara días aciagos a los que después de haber escaldado el pináculo, no saben mantenerse enhiestos, a los astros sin luz propia, que entregan su suerte y las de los pueblos a la influencia de guías y mentores.

VI.—GUERRA CONTRA BOLIVAR

Cuando el General La Mar fué elegido Presidente de la República gozaba de un sólido prestigio y del respeto de todo el país. Es más, en esos momentos representaba la fracción más distinguida y sin mancha del ejército; pero tenía en contra su extranjería: había nacido en Cuenca, que pertenecía a Colombia, la Gran Colombia, compuesta por Nueva Granada, Venezuela y Ecuador.

Verdad es que regía una ley del Congreso Peruano, de 12 de Febrero de 1825, que decía: “a todos los individuos que han servido en la campaña del Perú, desde el 6 de Febrero de 1824 hasta el día de la victoria de Ayacucho, se le declara la calidad de peruanos de nacimiento, con opción a TODOS los empleos de la República”; pero en esos momentos de ambiciones sin pudor ni elevación de miras, el más nimio pretexto servía para fulminar al hombre que cerraba el paso a los inmorales políticos del día. Los aspirantes a la primera magistratura y sus acólitos se multiplicaban en una campaña de prensa y surgían pasquines y peroraciones de plazuela contra *el extranjero*. Por otra parte, la Constitución de 1822 exigía la peruanidad de nacimiento para ser Presidente, y la misma Constitución del 28, jurada siendo La Mar Presidente — 19 de Abril — determinaba igual cosa.

La Mar, que atacado en diversos diarios de ese momento era más extranjero que nunca, porque había aceptado pocos meses antes el cargo de Jefe Civil y Militar de Guayaquil cuando todavía pertenecía a Colombia, concibió, según propalaban sus detractores, la idea demente de conquistar Guayaquil y anexarlo al Perú, para no ser extranjero (5). Esto

(5) — Emilio Gutiérrez de Quintanilla, cultor de la memoria de La Mar, dice en su folleto *Homenaje de la Obra la Campaña de Ayacucho al Centenario de la Libertad Sud Americana*: “Para negar al Gran Mariscal su nacionalidad peruana se dice: nació en Guayaquil el año 1776; pero se

rompía los nobles anhelos de un concierto americano y entronizaba la política de conquista, execrable en todos los tiempos de la humanidad. Pero más adelante veremos cómo era falso este cargo.

Nadie quería la guerra contra Colombia, pero como a La Mar, según se creía, le interesaba que Cuenca fuese peruana se le acusó de haberla provocado. Todo esto hizo que el país comenzara a desconfiar del mandatario; y más aún cuando se vió hasta qué punto llegaba el valimiento de Luna Pizarro. Este peligroso cuanto eminente político, que en 1825 quemaba el incienso de la lisonja ante Bolívar y en 1829 predicaba la guerra santa contra él, que hacía de los hombres muñecos, quiso hacer de los muñecos hombres, cosa mucho más difícil; y de los pliegues de su sotana comenzaron a surgir personalidades mínimas, como homúnculos de las retortas de un mago negro. Para Vicepresidente surgió Salazar y Baquíjano. Para el cargo diplomático más delicado — representante ante Bolívar — Villa. Para Ministro de Hacienda, Vizcarra. Estas fueron las hechuras de Luna Pizarro en esa hora decisiva de la patria, porque celoso, no toleraba a su lado políticos que pudieran hacerle sombra.

desconoce la legislación y la historia de la época que antecedió a la era republicana. Se olvida que la nacionalidad peruana de Guayaquil data del siglo de la conquista en que la monarquía española del Nuevo Mundo se dividía en dos grandes y únicos dominios: Nueva España por el Norte y el Perú, desde Panamá hasta el confín austral de Sur América. El Virreinato de Nueva Granada, que en 1777, no es más que un conato, y que sólo 22 años después comienza a ser realidad histórica, *temporalmente* incluyó a Guayaquil dentro de su jurisdicción gubernativa, como se dispuso en Real Cédula de 1739, pero esta desintegración del Perú que dura del reinado de Felipe V al de Carlos IV, cesa en virtud de otra Cédula, que en 1806, devuelve Guayaquil definitivamente al Perú. Hacía ya tres años que éste gobernaba allí en cumplimiento de real orden: porque la reincorporación decretada en 1803 era absoluta y la motivaban razones militares y administrativas. Así la reconocen y dicen los letrados cuyos dictámenes jurídicos se agregaron a la *Memoria* presentada por el Perú ante el Real Arbitro en el litigio de fronteras con el Ecuador”.

Por otra parte, Gamarra estaba en el Cuzco al frente de una fuerte división y La Fuente en Arequipa, como Prefecto, desde los tiempos en que Bolívar pasó por esa ciudad; y para mayor desgracia, Santa Cruz acababa de ser elegido Presidente de Bolivia.

O La Mar sabía que estos tres generales no eran leales, en cuyo caso fué débil al no echar a los dos primeros, o lo ignoraba, y entonces era candoroso.

Era de todos — menos de La Mar — conocida la deslealtad de los tres.

Ya Heres, en carta de 16 de Septiembre de 1825, había dicho a Bolívar; “creo que aunque estos tres jefes expresados (Santa Cruz, Gamarra y La Fuente) no hagan nada contra el General La Mar, por consideración a V. E. ahora y, otro día por patriotismo, me atrevo a asegurar que jamás, jamás obrarán de buena fe a sus órdenes, aunque enemigos si se unirán siempre contra él”.

Para cubrirse las espaldas en la campaña llamó La Mar a Gamarra y para cubrírselas en Lima, dejó a Salazar y Baquíjano en la Vice Presidencia, sin darse cuenta de que el honrado y caballeroso Salazar era otro La Mar, pero sin Ayaucucho y sin espada.

Rechazó, las proposiciones de paz de Sucre que pasaba por el Callao el 10 de Septiembre de 1828, y las que antes del combate reiteró este General, desde luego, porque como sabía que Bolívar había resuelto hacer la guerra al Perú, no podía esperarse nada de los buenos oficios de su teniente. Avanzó como ciego en territorio colombiano, venciendo precipicios y cordilleras, sin ponerse en el caso de que se le estuviese franqueando el ingreso para cogerlo en una ratonera, y cuando ya estuvo en ésta, no lo vió todavía.

Sucre le envió un nuevo mensaje conciliatorio diciéndole sin ambages: le hemos traído a las montañas para cogerlo, y

está Ud. perdido; y esta vez ya La Mar no fué sólo ciego sino sordo, y rechazó las proposiciones. Esto era tan incomprendible que Sucre, con su habitual perspicacia, dijo: "Si los peruanos no estuviesen mandados por un peruano, no sería posible la guerra". En tanto La Mar — recordando las maquinaciones de Sucre en 1823 — estaría diciéndose: *No quiero ser otro Riva Agüero para el torturador de palabras dulces y sonrisa de ángel, ni que el Perú vuelva a ser campo rozado para Bolívar.*

VII.—LA MAR Y BOLIVAR

¿Qué ocurría en el ánimo de La Mar? ¿Porqué rechazaba una y otra vez la mediación conciliatoria de Sucre? El caso, al parecer inexplicable, tenía sus razones.

Antonio José de Sucre estaba igualmente dotado de condiciones de eminente guerrero y de eficientísimo diplomático. Parece imposible que coexistan en tan alto grado dos calidades tan opuestas al parecer, como la más puntillosa caballería, y el dón de usar toda clase de medios, siempre que se trate de llenar una misión útil a la patria o de cumplir un deber.

Sucre sabía desdoblarse cuando el servicio lo requería. Entonces cumplía su misión como los más temibles diplomáticos de la escuela de Talleyrand o Maquiavello, y resultaba el más perfecto funcionario de su Cancillería o de su jefe. Pero fuera de estos momentos, es decir, en todas las horas de su vida, era el personaje de elevados sentimientos y grandes arranques, enérgico sin durezas y justo con humanidad. En fin, el caballero digno de que el destino confiara a su corazón y a su espada, el último y el más brillante de los encuentros en la lucha heroica por la emancipación de un mundo.

Sucre, con su fisonomía de niño candoroso, era como esos vientecillos de los Andes, que no apagan una vela, pero que matan de pulmonía a un Hércules. Ese vientecillo silencioso

había bronconeumonizado a Riva Agüero (6) entre palabras nobles y actitudes de comedia elegante, hasta sumirlo en el último trance, colocándolo en la fatal pendiente. Para todo esto halló editor responsable: el Congreso Peruano. Por eso la historia no le ha demandado responsabilidades. Eso sí, cuando hubo deshecho a su víctima, tuvo una idea ingeniosa: sirvióse de su cadáver político, para, a su turno, aniquilar al Congreso. Ya estaba bien inflamado el encono entre el Mariscal Riva Agüero y el Parlamento, ya había bastantes injurias sangrientas que vengar entre ambos; hallábase perfectamente cargada la mina y la pólvora era de buena calidad: el or-

(6) — El historiador chileno Gonzalo Bulnes, que estudia con los valiosos elementos provenientes de la correspondencia secreta del Ministro de Chile en el Perú por aquellos años, Campino, la estrategia diplomática de Sucre para servirse del Congreso contra Riva Agüero, y de éste contra aquél con la finalidad de determinar la venida de Bolívar al Perú, tiene algunos párrafos que desde luego representan antes que nada el juicio sagaz y diligente de Campino. Hélos aquí: “Sucre que vivía con un ojo puesto en palacio, aprovechaba todas las faltas del Presidente en favor de Bolívar, y minaba con habilidad y constancia el terreno que pisaba... Viéndolo sin apoyo (a Riva Agüero) en ninguno de los ejércitos auxiliares, se avanzó a un terreno sumamente grave en su posición, preguntando él, agente de un gobierno extranjero y representante de un hombre cuya ambición se temía, si convendría que Bolívar llegado al Perú, depusiese a Riva Agüero”. A continuación inserta Bulnes, las palabras textuales del diario secreto de Campino: “Sé que se le ha contestado por todos que este paso perjudicaría mucho la opinión del Libertador, que quedaría expuesto por él a las notas de usurpación, arbitrariedad y despotismo... Con tales palabras Campino emite, indirectamente, su juicio sobre la labor subterránea de Sucre, en su calidad de diplomático y agente del Libertador”.

(*Ultimas campañas de la Independencia del Perú*, Santiago, 1897. — Pág. 182).

“Sucre debió sacar de estas respuestas la impresión de que era más conveniente para sus fines que el Presidente fuera depuesto por el Congreso y no por Bolívar, y, probablemente por esto, dió el paso osado de ofrecer al Congreso apoyo de la división colombiana, para que perseverase en la lucha con el Presidente”. (Ob. cit. Pág. 182. Bulnes).

“La nota pasada por el General Sucre al Congreso ofreciendo la división de Colombia como una garantía de sus libertades, ha sido inter-

gullo herido del puntilloso mariscal; sólo faltaba ponerlos en contacto para disfrutar del estallido, y Sucre lo hizo en el preciso instante.

Con un gesto lleno de generosidad y de nobleza, negóse a consumir la caída de Riva Agüero, que él mismo había inspirado a la Asamblea. Soy extranjero, dijo. No quiero inmiscuirme en disensiones caseras. Y encerrando al Mariscal con sus bayonetas y a los representantes inermes, en unos buquecitos, despidiólos a Trujillo, para que ocurriese lo que ineluctablemente debía ocurrir: que Riva Agüero estrangulase al Parlamento.

pretada por el Gobierno, por el Congreso y por el pueblo, como un incentivo para que se haga una variación'', dice en su *Diario*, citado por Bulnes. Pág. 182.

Narra Bulnes cómo Sucre tan luego tuvo minado completamente a Riva Agüero, mediante la campaña que desarrolló en el Congreso, explotando el encono de aquél, procedió a procurar la caída del Congreso para que desapareciese así el último asomo de autoridad en el Perú. Veamos sus palabras: "Riva Agüero que hasta entonces se había sometido a las resoluciones del Congreso por no poder contrariarlas, por estar en manos de Sucre, encontró en el último momento, el apoyo de este hombre experto y sagaz, que por una contradicción fácil de explicar a la vez que era el autor principal de su caída, sería ahora su último recurso en la adversidad". (Pág. 194).

Aludiendo Bulnes a la medida de Sucre, de mandar a Trujillo a Riva Agüero y al Congreso, a fin de que éste pudiese vengar las afrentas de aquél, dice: "Es inútil llamar la atención al significado de estas condiciones, que son de una perfecta claridad. SUCRE SE LAVABA LAS MANOS DE TODO LO HECHO.... Con esta frase de Pilatos, califica Bulnes las actitudes de Sucre en el desarrollo de esta feroz intriga.

Una carta de Campino a su Gobierno, de 10 de Julio de 1823, da cuenta de que un mes antes, al embarcarse al Congreso, por disposiciones de Sucre, con destino a Trujillo, "temía sus venganzas (de Riva Agüero) y anunciaba la intención de disolverse y no verificar su reunión acordada en Trujillo". El Congreso no se disolvió y continuó sesionando en esa ciudad; pero a las tres semanas fué desalojado a bayonetazos por orden de Riva Agüero, consumándose así el vaticinio público de que habla Campino y la finalidad perseguida por Sucre. (Pág. 203).

VIII.—SARAGURO Y TARQUI

Si en el Perú nadie quería la guerra contra Colombia, en ésta aun era menos deseada. Los móviles que se alegaban para ir a ella eran solucionables sin necesidad de empuñar las armas. La retención de Jaén y Maynas por el Perú, la falta de pago de la deuda a favor de Colombia, la cuestión de los remplazos, los desaires hechos, recíprocamente, en uno y otro país a sus Agentes Diplomáticos, fueron los pretextos de Bolívar.

Pero tanto en Colombia como en el Perú, los estadistas de mala ley, aspirantes al Gobierno o simplemente serviles del régimen imperante, sirviéronse de la guerra para sus fines de política interna.

Entre nosotros Gamarra, que acababa de invadir Bolivia ultrajando al General Sucre (7) Presidente de ella y obligando a esa República a suscribir un tratado bochornoso, comprendió que había llegado su momento. Estaba al frente de

(7) — Gamarra, con pretexto de una frase vertida por Sucre en su calidad de Presidente de Bolivia, en una proclama de 6 de Enero de 1828 pidió explicaciones a éste y aunque al parecer quedó explicada, una sublevación que estalló en La Paz en ese año contra el gobierno del Mariscal, en la que éste resultó herido en un brazo, dió nuevo pretexto, esta vez inauditamente descarado a Gamarra para penetrar a Bolivia, manifestando que lo hacía para resguardar la persona del Presidente. Desde luego este paso fué dado de acuerdo con el partido de oposición, que luchaba por arrojar al General colombiano para colocar en la presidencia al General Urdinea, que era boliviano. En un principio éste al frente de sus tropas, salió al encuentro de las de Gamarra, pero observando el ambiente hostil a Colombia en todo el país, prefirió dejar el paso expedito al ejército peruano. El 6 de Julio se celebró entre Gamarra y Urdinea el tratado de Piquisa, por el que, entre otras cosas, se convino la retirada de las tropas colombianas, hasta embarcarse por la ruta que Gamarra designase.

A raíz de estos acontecimientos todo Bolivia glorificó a Gamarra como su libertador. Después las pasiones políticas modificaron las ideas y se concluyó execrándolo.

una poderosa división, que mandaba con autonomía casi absoluta, como si no dependiese del Poder Ejecutivo residente en Lima. En Arequipa, el General La Fuente como Prefecto y en La Paz el Mariscal Santa Cruz, que había remplazado a Sucre. Estos tres generales tramaron el complot para la deposición de La Mar dejando imperecederas huellas escritas, que la historia ha divulgado. (8).

En Colombia la ola de odio contra Bolívar era incontenible. Su segundo, el General Santander, encabezaba la oposición en la que militaban prestigiosos elementos, que enarbolando la bandera liberal, en contraposición a la "Vitalicia" de los bolivaristas, llevaron su saña hasta tramar primero el asesinato y luego la traición.

Bolívar en un principio montó en ira ante la actitud altiva de La Mar y tuvo frases violentas contra los peruanos. Probablemente para él La Mar seguía siendo su teniente, y no concebía la insubordinación del subalterno. Algo cambió de tono cuando palpó la realidad dolorosa de tener a casi todo

(8) — "Como el plan de conspiración estaba preparado, dice Paz Soldán como lo hemos visto, muy anticipadamente con La Fuente, éste llegó a Lima el 22 de Mayo, con la división organizada en el Sur, y dió el grito revolucionario en Lima, un día antes que Gamarra, esto es, el 6 de Junio, destituyendo al Vice-Presidente Salazar y Baquíjano, bajo pretexto de que había dimitido en aquél el mando supremo; que aceptó bajo la denominación de Jefe Supremo, hasta la reunión del próximo Congreso".

(*Historia del Perú Independiente. — Tercer Período. — Pág. 93.*)

Gamarra fué a la campaña del Norte con el propósito de derrocar y reemplazar a La Mar. Esto nadie lo ignoraba en Lima, ni la presunta víctima. Ojos avizores, como los del sagaz Luna Pizarro miraban por él; pero nadie tuvo valor para afrontar la situación. En una carta Gamarra se expresaba así: "Si por fortuna para el Perú ha llegado a Islay el General La Fuente y se le ha hablado, tengo la satisfacción de asegurar a Ud. que estamos de acuerdo en que no es tiempo de obrar a medias".

Paz Soldán que divulga esta carta, omite el nombre del destinatario. Una carta del General Obando a Santander, de 15 de Julio de 1835, dice: "Gamarra es el aliado personal de Flores, desde Tarqui". (*Archivo de Santander. — Tomo XXI. — Pág. 283.*)

su país en contra y cómo a cada momento arreciaba el odio a su persona, que el 25 de Septiembre culminó con el intento de asesinato organizado por los elementos más ilustres del partido liberal. Sólo el heroísmo de esa gran mujer que se llamó Manuela Sáenz, y uno de los postreros destellos de la buena estrella del prócer, consiguieron frustrar el golpe.

Por otra parte, el General Obando, nacido en Pasto y enemigo del Libertador, se entendía con La Mar (9) para que éste invadiera el Sur, él en tanto interceptaría en Juanambú a Bolívar y a sus tropas.

(9) — “En el párrafo que he copiado de los apuntamientos del General Obando, confiesa éste de una manera terminante su inteligencia y la del partido liberal en cuyo nombre obraba, con el conquistador extranjero; confiesa que estuvo entreteniendo las discusiones con los comisarios del Libertador, dando tiempo a que “le llegasen noticias del éxito de las operaciones del Sur”. Confiesa que al cabo de 20 días cuando las tuvo del *fatal suceso del Porteté*, fue cuando se resolvió a transigir”.

(*Memorias Históricas Políticas del General J. Posada Gutiérrez*. — Edición Ayacucho. — Tomo I. — Pág. 254).

“Pasto, 11 de Diciembre de 1828.

Señor General José La Mar, Presidente del Perú. — Señor General: . . . Poco he necesitado, pues a más de la odiosidad que hay contra el General Bolívar, mi conducta en esta provincia cuando mandé como Gobernador, había creado en este país desolado una confianza ilimitada hacia mí, que me ha dado las ventajas del prestigio, por esta razón es que ocupo este puesto tan importante no por fuerza de armas sino por la opinión general; yo me ocupo hoy de algunos arreglos para hacer algún amigo sobre el Ecuador y apoyar de este modo las operaciones de Ud. que no debe dilatarlas por ningún motivo, pues actualmente se halla la República empeñada en la reacción, consiguiendo ventajas en todas partes y este es el momento en que el Perú recompense a Colombia la protección que le dió en igual compromiso, acordándose que nosotros no tenemos la culpa de la conducta del General Bolívar en aquella nación, que como ésta ha querido volverla su patrimonio: todos estamos pendientes del apoyo del ejército auxiliar y ahora que el trono del Sultán bambolea sobre sus bases de arena, sin haber una sola mano republicana que no esté contra él, es que cae para siempre y la América del Sur contará con existencia”. (Carta de José Obando. — *El Crimen de Berruecos*. — J. B. Pérez y Soto). — (Tomo II. — Pág. 273).

Todo esto hizo que el Libertador cambiase de tono y tuviese palabras conciliatorias. Esto duró poco, y, por otra parte, sus proclamas injuriosas fueron replicadas por La Mar en forma descompuesta, porque la cólera del manso es siempre grave. Y estalló la guerra.

Bolívar no desencadenó la guerra por odio al Perú o por resentimiento con La Mar. Tampoco por los pretextos aducidos de los reemplazos, las injurias al Plenipotenciario colombiano o el pago de la deuda peruana.

Espíritus raquíticos juzgan al Libertador de América con los módulos y cartabones mezquinos de que disponen, y no con la alta tabla de valores que le corresponde.

Bolívar había expuesto desde 1815 en la famosa carta de Jamaica y luego en el discurso de Angostura su ideal de unir a la futuras repúblicas libres en una enorme confederación, formando los Estados Unidos de Sud América, y, en el ardor de la empresa, atropellaba a cuantos pudiesen estorbarla, prescindiendo de simpatías o antipatías.

Cupo a La Mar ser en ese momento el campeón del ideal opuesto, desde luego saludable y nobilísimo del nacionalismo, y Bolívar se propuso eliminarlo.

En mi libro en prensa VIDA NOVELABLE DEL MARISCAL LA MAR, desarrollo este punto, que aquí dejo únicamente enunciado.

La Mar inició la ofensiva y partió a la cabeza de sus huestes, ordenando a Gamarra que dejara el Cuzco y se le reuniese en el Ecuador. A su turno, el General La Fuente avanzó desde Arequipa a Lima, donde esperó el momento para dar el golpe a favor de Gamarra.

Los peruanos penetraron en territorio de Colombia. Los antiguos vínculos de esas regiones australes con el Perú, el odio a Bolívar y las relaciones de La Mar, que era cuencano, hicieron que los pueblos recibiesen con entusiasmo a los invasores (10).

(10) — La Mar fué recibido como un coterráneo distinguido y predilecto en Cuenca y demás lugares del Sur del Ecuador. Las familias más

Al mismo tiempo, el general colombiano Obando levantó a los tenaces pastusos, que tanto dieran que hacer en años anteriores a Bolívar y a la Patria, y los lanzó contra el Libertador, ofreciéndoles proclamar la sumisión a España y a Fernando VII..., y continuó instando a La Mar para extender su invasión en Colombia.

Bolívar, que quería ponerse al frente de las operaciones tomando le mando de las tropas levantadas por el general venezolano Flores, quedó, pues, detenido en Pasto.

¿Porqué se perdió en Saraguro y en Tarqui, luchando contra fuerzas inferiores y contándose con las simpatías de parte de Colombia?

Porque La Mar no era un Sucre; porque Gamarra no sólo era un ilustre estratega, especializado en perder batallas,

respetables de aquella ciudad se afanaron en buscarlo y ayudarlo. Según cuenta el escritor ecuatoriano Borrero Cortázar, oyó a su maestro el Dr. Cueva, anciano octogenario, que siendo niño se le hizo aprender en el colegio una composición para que la recitase a la llegada del General peruano.

El General Joaquín Posada Gutiérrez en sus *Memorias Histórico Políticas*, dice:

Obrando el Mariscal La Mar en el departamento del Azuay, habiendo encontrado simpatías y apoyo en las autoridades y en el pueblo de Loja, hubo el General Flores de reconcentrar el ejército colombiano en Cuenca.

Un oficio del Mariscal Sucre al Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Guerra, datado en Tarqui el 21 de Febrero de 1829, dice:

“La provincia de Loja se ha declarado abiertamente en favor de los peruanos. La familia de los Valdiviosos que es allí la más importante se ha comprometido enteramente con los enemigos; y como ella tiene relaciones en la de Cuenca, el afecto nos alcanza hasta aquí. El Gobernador Carrión sirve eficazmente en su mismo destino a los peruanos. Este pronunciamiento nos ha causado entre otros daños el de que nuestro espionaje esté malísimamente servido. No sabemos del enemigo sino lo que observan nuestras partidas, mientras que ellos saben el menor paso que hacemos, el más pequeño movimiento, la marcha de la más ligera partida”.

y un eminente político, campeón de la anarquía, sino un soldado que todo lo sacrificaba a su apetito de mando.

Mientras Obando lograba significativos triunfos contra las fuerzas de su patria, el ejército peruano era despedazado en Saraguro (12 de Febrero de 1829) y en el Portete de Tarqui (27 de Febrero) tanto por la pericia de los generales venezolanos Flores y Sucre, cuanto por los manejos de Gamarra.

Otra suerte tuvo el Perú en la campaña naval. El primer encuentro fué el triunfo de Malpelo. Después una fragata y una goleta colombianas se pasaron con toda su tripulación. Luego vino la toma de Guayaquil porfiadamente defendida por tropas de Colombia. Uno de los últimos tiros disparados de tierra victimó al insigne Almirante Guise, jefe de la armada, que para el Perú valía más que la plaza misma.

Sólo después de la derrota La Mar se avino a aceptar las proposiciones de Sucre, que había desechado hasta en los mismos momentos en que iba a empeñar la acción.

Como la derrota de Tarqui no destruyó las fuerzas peruanas y la retirada se operó en orden, Sucre formuló proposiciones suaves y honrosas en el Tratado de Girón. La Mar por su parte se retiró a Piura, en vez de regresar a Lima, para prepararse a invadir Colombia nuevamente, acción que, combinada con la de nuestras armas en Guayaquil, prometía un éxito completo; pero la traición le atajó los pasos.

A raíz de ese convenio Sucre expidió un decreto premian-do a sus tropas y mandando erigir en Tarqui una columna con lemas injuriosos para el Perú. Esta es, acaso, la única vez que el brillante Mariscal perdió la línea. Línea de honor, generosidad y caballeridad que fué la trayectoria de su vida. Pequeñez o error, esto indignó a los peruanos, comprometió la suerte del tratado y encendió de nuevo los ánimos. Hubo algo peor en ese eclipse de las virtudes de Sucre: exterminó a los vencidos, a la manera de Carratalá y de Ramírez y fué cruel después de la victoria. El mismo Bolívar dejó testimonio de ello y lo lamentó en sus cartas.

Después de firmado el convenio de Girón, replegóse La

Mar hacia el Sur y llegó a Piura, con propósito de rehacerse y volver a la lucha. Pero no pudo. Gamarra lo amarró a media noche mientras dormía. Simultáneamente en Lima, el general La Fuente, depuso al Vicepresidente Salazar y Baquijano — que obtuvo el record de las vicepresidencias y de las deposiciones en el Perú—, y proclamó a Gamarra, y en el Cuzco estalló el movimiento escisorio amasado en provecho propio por Santa Cruz.

Las máquinas infernales cargadas por Gamarra, La Fuente y Santa Cruz habían actuado simultáneamente, con precisión matemática.

La Mar no ignoraba qué Gamarra era poco arrojado y conocía sus torcidos propósitos por diversos conductos. Debíó observar ciertas maquinaciones de Gamarra, al embarcarse en Islay para reunírsele en el Norte. Vió que se resentía con él al comienzo de la campaña, porque no se le había encomendado la jefatura de las armas a pesar de ser el propio La Mar quien las mandaba. Comprobó que Gamarra dictaba órdenes claramente destinadas a malograrle el éxito de la campaña, y que se interesaba después de la derrota, por representar al Perú en el tratado de suspensión de armas de Girón propuesto por Sucre. Finalmente, tuvo noticias de las inteligencias de aquél con el general enemigo Flores, de las que luego aparecieron las huellas en las Cartas de Bolívar, y probablemente conocía también las opiniones de Heres, vertidas cuatro años antes, y sus profecías, porque en esos días chismosos no había secretos. Pero no tuvo lo que precisamente le faltaba para ser gran hombre: decisión. Bolívar en caso igual habría eliminado a Gamarra antes de dejarse eliminar por él.

IX.—LOS CONSULES YANQUIS TUDOR Y PREVOST

La publicación de la correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las Naciones Americanas, seleccionada por William R. Manning (Edición española, Buenos Aires, 1932), arroja luz meridiana so-

bre este momento mal conocido y peor comprendido de la historia de Sud América en que estalló la guerra entre el Perú y la Gran Colombia, o mejor dicho entre el Perú y Bolívar.

Los historiadores, con rara uniformidad, señalaron a La Mar como promotor de la guerra. El móvil sería, dicen de un lado su empeño de anexar Cuenca al Perú, a fin de hacer cesar su condición de extranjero en el país que gobernaba; de otro, su vieja enemistad con Bolívar. El mismo Mariano Felipe Paz Soldán, que sin duda no conoció los esfuerzos de La Mar por evitar el choque armado, lo asevera enfáticamente.

Willian Tudor, Cónsul de los Estados Unidos en Lima, dirigía al Secretariado de Estado de esa nación una correspondencia constante, llena de datos, impresiones y juicios sobre la política del Perú y Colombia, y sobre las actividades y propósitos del Libertador. Debe decirse, en honor de la verdad, que Tudor se muestra prevenido contra Bolívar y profundamente influenciado por el doctor Luna Pizarro, cuyos talentos le tenían sugestionado.

En diversos pasajes formula apologías de La Mar, el amigo de Luna Pizarro. Declara que a él se debe el triunfo de Ayacucho, — Pág. 2158-2195 — “Junín y Ayacucho son glorias de Necochea y La Mar” — y exhibe a Sucre como desempeñando un papel secundario en la acción. Naturalmente, mayores son sus elogios a Luna Pizarro, y relata sus frecuentes conversaciones con el ilustre clérigo, citándolo siempre como el oráculo más fidedigno de la época, se manifiesta despiadado con todos los que odia este amargado personaje: Bolívar, Unanue, Pando.

Vemos en esas cartas, lo mismo que las del Cónsul Prevost, a Bolívar como empeñado en apoderarse del Perú y Bolivia, y a Sucre como el agente más importante de la empresa. Las repetidas amenazas de dimisión de uno y otro general son estrategias venezolanas; y nada más lejos del ánimo de ambos generales, que el cacareado propósito de abandonar el poder.

En el momento en que se produce la sublevación de la

Tercera División y su alejamiento del Perú, los patriotas de Lima comprenden que ha llegado la hora de librarse del despotismo, y elevan al poder al hombre más capacitado del país, superior en talentos militares y en valor al Libertador — dice Tudor — para desbaratar los planes bolivarianos. Este hombre es La Mar. Desde este momento Bolívar resuelve la guerra contra el Perú para reconquistar la presa que ha perdido. Es éste, según aparece claramente demostrado en la correspondencia oficial de Tudor, el origen de la guerra de 1829.

La Mar comprendió las dificultades de su posición y realizó los mayores esfuerzos para evitar el choque. Igualmente sus ministros y amigos, en especial Luna Pizarro. El General y el Clérigo profundamente preocupados estudiaron los medios de solucionar el conflicto. Por fin, el mismo Tudor, de manera extraoficial, les sugirió la conveniencia de pedir la intervención de dos países fuertes: Estados Unidos e Inglaterra; y era tal el empeño de La Mar por mantener la paz, que acogió el vedado procedimiento de apelar a algo más peligroso que el mismo Bolívar: la intervención (11).

El doctor Mariátegui, Ministro de Relaciones Exteriores, redactó sendas notas para ambas potencias; Tudor las revisó

(11) — Creemos conveniente cerrar estas notas con el fragmento final del documento en que el Perú solicita la intervención de los EE UU. para evitar la guerra, dice así:

“No le arredran al Perú las armas combinadas de Colombia y de Bolivia, teniendo en su apoyo la justicia y una opinión bien pronunciada en favor de sus instituciones; pero su Gobierno deplora los amargos compromisos a que se verá forzado siempre que se atropellen los principios del derecho internacional y la fatal suerte que corrieran las libertades americanas, si por desgracia los sucesos no correspondieran a sus esperanzas. Resuelto como se halla a no ahorrar arbitrio que aleje por su parte todo motivo de un rompimiento que empape nuevamente en sangre americana a la Nación, y prolongue sus infortunios, agotará cuantos medios razonables y conciliatorios le sugiera su oposición y su capacidad para alejar este extremo. Así se promete que el Gobierno de los Estados Unidos, conducido por la simpatía de principios, y que por su amor a la

después de haberlas inspirado, y las respectivas Cancillerías las recibieron oportunamente. En la página 2196 del tomo III de la obra de Manning se registra la dirigida a Norte América, tal como existe en el archivo del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Bolívar, creador de naciones y ordenador de Continentes, era, como los Dioses mitológicos, grande en todo. Sus más pequeños afectos y desafectos, por ser suyos, resultaban enormes y trascendentales. Si era necesario anonadar a un pueblo para realizar un ideal, no vacilaba. Cuando llegó el momento

humanidad *interpondría su respetable mediación* en defensa de la paz y la libertad del Perú.

Con tal motivo el infrascrito ha sido autorizado para escribir esta comunicación al señor Ministro, a quien saluda, ofreciéndole el profundo respeto y consideración con que es su atento y obediente servidor”.

El Manifiesto del Perú, contestando el del Libertador, en los momentos de iniciarse las operaciones bélicas, dice en un párrafo: “Necesario ha sido esta recorrida para que las naciones se convenzan de la injusticia con que acusa de ingrata a la nación peruana, y le ha declarado guerra a nombre de Colombia, con quien el Perú ha mantenido y mantiene intacta una amistad pura y sincera”.

El Manifiesto concluye con este apóstrofe: “Guerra ha sido el grito que ha dado el General Bolívar y guerra ha debido contestar el gobierno del Perú. Plugiese al cielo que antes de sonar la hora del combate, dando el General Bolívar una mirada a los verdaderos intereses de Colombia entablase negociaciones de paz, que no desoiría el Perú, armado sólo para sostener su integridad y poner a salvo las fortunas, la sangre y el reposo de sus hijos y la independencia y libertad nacional”.

Este mismo empeño de buscar en la mediación de un país amigo la solución pacífica, se traduce en el Manifiesto de Manuel Lorenzo Vidaurre, uno de los hombres que más valimiento tuvo en el gobierno de La Mar, Presidente de la Corte Suprema del Perú y eminente polígrafo. Véanse sus palabras: “No queremos la guerra ni nos conviene..... Nuestras disputas eran de concluirse de un modo amigable, *solicitando la mediación* de una potencia imparcial e ilustrada”. El Manifiesto concluye con esta frase: GUERRA A BOLIVAR, PAZ CON COLOMBIA. (*Memorias y Documentos para la Historia de la Independencia del Perú*. T. II. pág. 472. Esta obra publicada bajo el pseudónimo de P. Pruvonena, es atribuída al Mariscal Riva Agüero).

de precipitarse sobre el Perú, obstáculo para el imperio de sus sueños, desencadenó la guerra.

La Mar queda, pues, exculpado de manera absoluta de la responsabilidad del conflicto con Colombia. Lejos de eso, consta que se mostró empeñado en evitarlo por cualquier medio, hasta por el funesto de provocar una intervención de las potencias en el Perú.

¡Qué mejor prueba! Pero a pesar de conocerse hoy estas circunstancias, los historiadores del Ecuador, tierra nativa de La Mar, no cesan de anatematizar la figura del prócer. A menudo el diarismo renueva sus palabras envenenadas contra *el traidor*; y en la Sociedad Bolivariana se acaba de decir: “que al iniciar, en 1828, actividades bélicas contra Colombia, el señor General don José de La Mar, en su carácter de Presidente Constitucional del Perú, no sólo no respondió al espíritu de solidaridad americana, que en ese instante más que en ningún otro se imponía, sino que, además, no interpretó el verdadero sentir de los elementos más representativos y sensatos de la política peruana”; y esta acusación que por lo injusta recuerda a la del pueblo judío contra el Divino Maestro, concluye con esta sentencia, que no desdeñaría Pilatos: “La ambición de La Mar o el error de La Mar hubo de sufrir el rechazo que sufrió, y que en la derrota tuvo un anatema terrible: “TRAICION” y la ignominiosa palabra aparece impresa con letras mayúsculas.

La tragedia de La Mar es su calidad de personaje sin patria, más desesperante que la del individuo sin sombra o la del hombre sin reflejo en el espejo, que nos presenta la imaginación de Hoffman, en sus Cuentos Fantásticos.

Han pasado los años y sigue sin patria: Hace poco tiempo que en el Ecuador se promovió una investigación para esclarecer si fué o no traidor a la Patria, y después de hondos

estudios se le absolvió apenas del horrible cargo, porque se declaró que no era ecuatoriano.

Verdad que La Mar, nacido en Cuenca, había servido al Rey hasta fines de 1821, esto es, aún después de jurada la Independencia del Perú y luego de haber desempeñado la jefatura de la Junta Gubernativa de 1822-23, aceptó el cargo de Jefe Civil y Militar de Guayaquil, pero ese puerto aspiraba a anexarse al Perú y precisamente La Mar tenía ese empeño.

La Mar no sólo carecía de patria sino de anhelos. Bien elocuentemente lo demostró él mismo en la escena redactada por Mariano Felipe Paz Soldán en el tomo II 2.º. Período de la Historia del Perú Independiente, cuando Bolívar lo forzó a ocupar el sillón presidencial en Abril de 1825.

X.—DOS ACTITUDES LAMENTABLES

La vida no perdona a los apáticos.

Cuando Bolívar imponía su cesarismo en el Perú, sustentado por las bayonetas de la Tercera División, todas las miradas volvíanse al único capitán digno de medirse con él: el General La Mar. Este repudiaba la política de Bolívar y alimentaba contra él secretos rencores. Bolívar habíale burlado y vejado en Guayaquil un lustro antes. Pero el irresoluto político optó por soterrarse en tierras lejanas. Sin embargo, en uno de esos arranques de Bolívar en el vértigo del poder, apoderarse del hombre enfermo que era su émulo, y doblando su voluntad, como en un experimento de fascinación hipnótica, obligólo a sentarse como Delegado suyo en la silla de Pizarro, y su debilidad en tolerarlo, a pesar de sus protestas convirtiélo en cómplice y le frustró la gloria de haber sido en ese momento histórico opositor a la Dictadura.

Si La Mar en ese momento hubiese actuado conforme a sus principios habríase encumbrado como un redentor o como un mártir. Pero no lo hizo. En cambio, se lanzó contra Bolívar cuando había desaparecido la única causal noble para atacarlo. Ni supo deshacer los planes de Bolívar para que estallase

la guerra de 1829, ni purificó al ejército de políticos ambiciosos, traidores presuntos. Empeñó en malas condiciones la acción de Tarquí, y ni siquiera supo ganarla; y con ello proporcionó un nuevo día de gloria a su émulo y galvanizó por unos meses su trono. Tuvo todavía una oportunidad para el desquite, y la perdió en Piura por no poner al margen a Gamarra antes de que éste lo *amarrase*.

Fué, pues, un mal rocamborista, que varias veces con todos los triunfos en mano, perdió el juego; y un liberal desatinado, que dos veces apuntaló la dictadura.

El contraste es tan grande que no puede ser obra del hombre. Hay que atribuírselo al destino.

Contrasta en la época bolivariana con la figura de La Mar, la de Unanue. El primero es el elemento de más prestigio del ejército. El último es el más destacado de los civiles. Bolívar, que para los fines de su política necesitaba tener un personaje a quien poner al frente del Gobierno, mientras él se aislaba en una cumbre inaccesible a los mortales, para, de cuando en cuando, aparecer entre rayos y truenos y hablar desde su Sinaí, no encontró nada igual a La Mar y a Unanue para el caso. La Mar, enemigo de gobernar y envenenado por sus rencores contra Bolívar, huyó. Unanue, en cambio, pensó que la patria le exigía este nuevo sacrificio, y aceptó. El anciano médico debería ser un instrumento servil entre las todopoderosas manos de Bolívar, pero, a su vez, disponía de una arma endiablada contra él: la astucia, era valeroso; sólo un instante se le vió temblar después de la traición de Moyano en los castillos del Callao. Pero pronto reaccionó con mayores bríos. Son famosas las estrategias de Unanue, que ha burlado a todos los ogros que halló en su camino: al Virrey Abascal, contra quien conspiraba en 1810; a Fernando VII, en 1815, librándose de las persecuciones emprendidas por éste contra todos sus colegas, los diputados de Indias, y hasta obteniendo diversos ofrecimientos regios; a Riva Agüero, a quien se le escapó de entre las manos en Trujillo en 1823, cuando ese general había resuelto echar mano del viejo sabio para po-

nerlo a la cabeza de un Senado, que podía ser un abismo para su prestigio; finalmente a Bolívar.

Si se hubiese opuesto abiertamente a las órdenes del César en 1815, habría sido fulminado por él. Si se hubiera abstenido, habría hecho males a su patria. Si hubiéralo esquivado, el César lo habría remplazado con otro más dúctil que consumiría obra nociva para el Perú. Sólo quedaba un camino; capearlo. Unanue, con sagacidad y artimañas, aparentando absoluta sumisión, desarrolló la política que más convenía al Perú en todo, hasta en la cuestión territorial; pues mientras escribía al Libertador manifestándose de acuerdo en las pretensiones de Colombia sobre Maynas y Jaén, hacía de modo que el asunto no llegara a resolverse nunca en el Congreso; y algo más, dictaba disposiciones — amparadas por la autoridad del mismo Bolívar — para ratificar los títulos del Perú sobre las regiones que Colombia codiciaba, como la de organizar la Corte Superior de Trujillo, en la que reiteraba la peruanidad de esas provincias al adscribirlas al nuevo distrito judicial.

¡Ay de Unanue y ay del Perú, si el viejo sabio hubiese pretendido oponerse al César en este asunto! ¡Maynas y Jaén, habrían corrido la misma suerte de Guayaquil!

Por otra parte, era patriótico sostener el gobierno fuerte del Libertador. Este, en una carta a Santander, de 7 de Abril de 1828, le escribía: “Carrión decía que yo era el Caduceo de Mercurio, rodeado de serpientes amigas; pero cuando faltase el Caduceo, todas se despedazarían”, y efectivamente el Perú necesitaba del Caduceo para que no se desencadenasen las fieras de la anarquía.

Unanue oteaba y esquivaba los riesgos. Se filtraba entre los poderosos. Atravesaba, impávido entre la carrera de baqueta de sus perseguidores. Parece que tuviese el amuleto de los negros de sus haciendas de Cañete, y la “Oración del Justo Juez”, que rezan éstos cuando la policía los acecha: “Señor: has que mis enemigos tengan manos y no me cojan; tengan pies y no me alcancen; tengan ojos y no me vean”; y como los negros de la bárbara oración, pasaba inadvertido cuan-

do precisamente eran más decisivas sus actitudes y su posición más destacada.

Al lado de esta táctica endiablada, la de La Mar: la huída, resultó inconveniente y pobre.

Por uno de esos inescrutables caprichos del destino, La Mar, el prócer sin mancha, valiente y noble, moderado y caballeroso, talentoso, culto y distinguido, y si nó peruano, amigo apasionado del Perú por encima de todas sus posibles patrias, resulta un héroe nocivo, y en definitiva, un amigo contraproducente: una de las figuras más aciagas de nuestra vida independiente.

He enumerado entre sus cualidades la de talentoso. Confieso que con ello no hago nada sino repetir un lugar común de sus biógrafos, del que no me hago responsable. Si tuviese la arrogancia de emitir mis opiniones a contracorriente, confesaría, con austeridad, que precisamente eso es lo que no fué La Mar. Además, era un tímido con ráfagas de temerario. Esta rara contradicción es el fenómeno más común entre los hombres débiles, aunque parezca paradoja; no tienen ni como encauzar y sofrenar el ímpetu de sus impulsos, ni fuerzas para mantenerlos y vencer los obstáculos.

Pero el destino, que se complaciera en sembrar paradojas en la existencia del mártir, otorgóle una compensación póstuma, que acaso ningún héroe ha tenido, y una página digna de la historia de Artemisa.

XI.—DESTIERRO Y MUERTE

Apresado y traicionado en 7 de Junio en Piura, fué embarcado dos días después en una miserable goleta "Las Mercedes", con su amigo el Coronel Pedro Bermúdez, rumbo a Centro América. Un mensaje al Congreso y una carta que dirigiera a Luna Pizarro, nos hacen saber las penalidades de la travesía de ese hombre enfermo del cuerpo y del espíritu.

Meditaba a bordo, y su alma superior no se explica la felonía de los hombres de quienes hizo personajes. Su orgullo de

grande se revelaría contra la afrenta brutal que sus tenientes le han hecho.

Contemplaría los eminentes servicios prestados a la patria y establecería la comparación con los *voedores* que detentaban el poder.

Pero más le haría sufrir su conciencia. Compulsaría sus errores. En ese momento, lejos de sus mentores, sentiría el vacío de la falta de ellos, al mismo tiempo que una sensación de hallarse libre al fin de cuantos hiciéronle su instrumento. Contemplaría en toda su magnitud el error de la guerra, que no supo impedir. Recordaría que, empecinado, rechazó las propuestas del General Sucre, antes de estallar el conflicto, y que a la postre cayó bajo las garras del mismo.

El 23 de Junio "Las Mercedes" echó el ancla en Punta Arenas. Grande fué el revuelo de la incipiente población costarricense al saberse que el Presidente del Perú, el héroe de Ayacucho, estaba a bordo. Comunicada la nueva a San José, el General Morazán y el Congreso decidieron honores presidenciales al americano ilustre. Faltaba dinero para ello y los representantes ofrecieron sus emolumentos. Ingresó al fin a la capital, donde anuncióle una salva de quince cañonazos, en medio de una apoteosis imponente.

En la pintoresca ciudad de Cartago donde los proseritos La Mar y Bermúdez fijaron su residencia, aquél cada vez más sombrío se aisló de todo y de todos.

El héroe hipocondríaco nada esperaba ya de la vida. En sus cartas así lo dijo. Vivía esos últimos meses como un cadáver alentado por un resto anímico y sólo anhelaba a la *virgen misteriosa de los últimos amores*". Por fin llegó ésta el 12 de Octubre, y extinguió sus sufrimientos; "*apagando los latidos de su herido corazón*".

Pocos meses antes llegó también para su vencedor, el Gran Mariscal de Ayacucho, en la bala asesina de un canalla. Pocos meses después advendrá para Bolívar, más grande en la gloria y más grande en la desgracia que sus dos egregios compañeros de armas. Antes visitó a Córdoba, el impetuoso guerre-

ro del *paso de vencedores*, en medio del tronar fratricida de los fusiles. En el lapso de pocos meses los cuatro gigantes de Ayacucho dejaron el palenque a los pigmeos, que desgarraran la obra de la emancipación.

XII.—EPILOGO ROMANTICO

El doctor Cleto González Vázquez, historiador costarricense, nos relata que La Mar fué recibido con honores de Presidente del Perú, y que el gobierno considerándolo como a tal, se dirigió al usurpador Gamarra, dándole cuenta no sólo de los homenajes rendidos al Jefe del Estado peruano, sino del caso de piratería ocurrido con “Las Mercedes”, capturada por la nave corsaria “La Bolivariana”, de Colombia, cuando estaba al ancla en Punta Arenas; y, finalmente, de que había fletado “La Felipa”, goleta de pabellón francés, para repatriar al comandante de la nave, Capitán Morales, y a su gente, esperando que el gobierno de Lima sufragase los gastos.

Agrega que el ilustre General Morazán que durante su permanencia en Lima, en 1841, fué muy atendido por el General Bermúdez, ofrecióle repatriar los restos de La Mar; lo que cumplió, oficiando en 2 de Septiembre de 1842 al cura de Cartago para que entregase, previa identificación, las reliquias del prócer, *que eran reclamadas por personas respetables de la República Peruana*. ¿Quiénes eran éstas personas? No lo dice González Vázquez, ni lo sabe nadie. El misterio más extraño rodea este acontecimiento. En 1834, el General Orbe-goso, Presidente del Perú, solicitó autorización del Congreso para repatriar los restos de su antiguo jefe de la ciudad de Cartago, lo que fué acordado por la Convención el 19 de Febrero de ese año. Ocho años después, el 9 de Septiembre de 1842, cuando en Lima nadie recordaba a La Mar, Morazán lo ordenó y costeó un lujoso ataúd con llave de oro. Ya era tiempo: no faltaba quien pretendía apropiarse de los despojos, por el valor de la urna. Sin embargo no alcanzó a hacer la entrega;

porque sobrevino una revolución en San José y Morazán murió fusilado.

Un año después, el marino alemán Eduardo Wallerstein reclamó los restos en nombre de la señora Francisca Otoyá, de Piura, amiga del prócer, y le fueron entregados. Esta interesante dama los conservó hasta 1845, y el 16 de Septiembre el Congreso a solicitud de ella autorizó la traslación a la capital.

El gobierno ecuatoriano, recordó en ese momento que tenía un hijo ilustre, y, olvidando que éste sintiéndose peruano lo declaró en múltiples oportunidades, e hizo armas contra el Ecuador (parte en 1829 de la Gran Colombia), reclamó del nuestro esas reliquias en nota de 24 de Enero de 1846. Son altamente interesantes las comunicaciones cambiadas con tal motivo entre J. J. Olmedo y José Gregorio Paz Soldán. Por fin, hízose la inhumación en el Cementerio General de Lima, y un hermoso monumento de mármol, obsequio de la Nación Peruana, conserva los despojos del glorioso y malaventurado Mariscal La Mar.

Muchos comentarios afluyen a mi pluma y muchas suposiciones acerca de esta intervención inesperada y romántica de una alta dama, cultora de la memoria del héroe. Prefiero silenciarlos. También la Historia los silenció, y no sólo los documentos oficiales emanados del Congreso y del Gobierno de 1846, sino el doctor Manuel Vicente Villarán que escribió la biografía y describió los estupendos funerales, verdadera apoteosis hecha por el Mariscal Castilla a la llegada de los restos, guardaron respetuoso y significativo silencio sobre el asunto, burlando las interrogaciones indiscretas que surgen en la mente del lector.

Hay todavía otro amor póstumo de La Mar: Carmela Elizalde.

Bolívar no tuvo una gloria igual. ¡El que tanto amara a las mujeres!

Si en el más allá cabe envidia y si en el alma grande de Bolívar cupiesen pasiones de este género, el Libertador de

América habría envidiado el homenaje póstumo del novelesco General sin patria.

XIII.—EL TRASMIGRADO

¿Qué misterios encierra la vida sentimental de este héroe?

Enviudó de doña Josefa Rocafuerte, aristocrática dama guayaquileña y en los días de su retirada a Piura; después del desastre de Tarqui, se relacionó con una dama de quien todavía hablan las crónicas de Piura, especie de Mme. Recamier peruana, cuya casa era el centro más culto y hospitalario de la ciudad patria. En su salón recibía a las personalidades a quienes los vaivenes de la Historia llevaban a esas playas. Sus sentimientos por La Mar pueden medirse por el homenaje póstumo al amigo infortunado, que exhala el último aliento vencido y humillado en las lejanías del destierro.

Una tercera dama se insinúa en esta época compartiendo el epílogo doloroso: un oficio de José Joaquín de Olmedo al Canciller peruano José Gregorio Paz Soldán, reclamando los restos para inhumarlos en el Ecuador, su país natal, habla reiteradamente de la viuda del prócer, que esperaba las gloriosas cenizas del esposo.

¿Quién es esta dama incógnita a quien el Gobernador ecuatoriano oficialmente alude y de la que en el Perú nadie tiene noticia, ni Villarán, el ilustre biógrafo del Mariscal?

En el viaje que hice a Chile en Enero de este año, tuve oportunidad de preguntarlo al doctor Rafael H. Elizalde, destacado político del Guayas y fervoroso pariente de La Mar (12).

(12) — El Dr. Rafael Elizalde, destacado estadista ecuatoriano, pariente de La Mar y cultor de la memoria de este General, me aclaró el misterio de la dama que figura como esposa póstuma, en la siguiente carta:

“Cienfuegos 58: Santiago, 12 de Enero de 1939: etc. En la visita con que me favoreció Ud. hace pocos días, me hizo Ud. el honor de con-

Después he tenido oportunidad de ver la imagen de la virgen viuda, en una miniatura exquisita: rostro oval alargado, ojos carmelos y cabellos del mismo color. Una opulenta guedeja de éstos descende desde la sien hasta alcanzar el marfil del hombro de impecable línea y se bifurca sobre pecho y espalda. Es una guapísima dama de tipo marcadamente guayaquileño: fina y exangüe como una virgen prerrafaelista, y parece hallarse entre los 20 y los 25 años.

En La Mar, pues, todo es novelesco, como aquellos platónicos amores con doña Francisca Otoyá y este matrimonio a lo *Caballero Destouches*, contraído al borde del sepulcro con una virgen lejana.

En La Mar todo es enigma. Parece a veces que el destino se entretiene en ofrecernos extraños acertijos y antítesis inexplicables.

Ese hombre no tuvo patria ni nombre, no se llamaba La Mar sino X... Equis, como las incógnitas del Álgebra. Desciende de un marino inglés, de gloriosa historia a servicio de España, a quien América bautizó con el nombre de La Mar, porque siendo el océano escenario de sus hazañas, fué ennoblecido por la Corona en tiempos de Carlos III.

Era el hombre menos a propósito para mandar, y, sin que-

sultarme, como sobrino biznieto que soy del Mariscal don José de La Mar, acerca de su segundo matrimonio. Tuve oportunidad de manifestar a Ud. entonces que oí referir a mi padre que estando el Mariscal don José de La Mar desterrado en Costa Rica, se casó por poder con su sobrina carnal doña Angela Elizalde y La Mar, que entonces residía en Guayaquil. Esta dama era tía carnal de mi padre y hermana del General don Antonio Elizalde y La Mar, abuelo mío, que fue representante legal del Mariscal en la ceremonia del matrimonio.

“Como el fallecimiento del Mariscal La Mar ocurrió en Costa Rica muy pocos meses después de haberse efectuado su matrimonio por poder, los esposos no llegaron a juntarse. Y también oí muchas veces de labios de mi padre, que por esa razón cuando murió doña Angela Elizalde viuda de La Mar (como reza su lápida, que está en el cementerio de Guayaquil), la amortajaron como a las vírgenes: de blanco y con palmas...”

rerlo, tres veces ejerció el mando en el Perú y una en Guayaquil.

Detuvo durante algunos meses el paso majestuoso de la independencia americana, diosa en cuyos altares comulgaba secretamente, defendiendo el pabellón español desde las almenas del *Real Felipe*.

Saliendo de su apatía, impuso sus opiniones en el campo de Ayacucho contra las de Sucre, que cohibido por las instrucciones de Bolívar, se empeñaba en rehuir el lance que le ofrecía el Virrey para una batalla decisiva. El lánguido La Mar discute, razona y convence a la junta de guerra.

Con esta intervención eminente en la gran batalla que pone fin a la dominación española, puede considerársele al lado de Bolívar, San Martín y Sucre, como uno de los más grandes americanistas; pero cinco años después enderezó sus armas fraticidas, bien que muy a pesar suyo, contra la americanidad y fracasó en la empresa.

Vive y muere este hombre antítesis, traicionado por los varones y adorado por las mujeres, a quienes interesa por igual la melancolía de su espíritu y la grandeza de sus destinos.

Dos repúblicas disputanse sus cenizas, después de haberle repudiado ambas en vida.

El Mariscal Castilla, teniente suyo en Ayacucho, rindióle el homenaje póstumo, la repatriación de sus restos, y los más brillantes escritores del Rímac consagraron su apoteosis; pero pocos años después el Ecuador, la tierra donde nació porque, según la frase del General Morán (13) *ahí lo arrojó la naturaleza*, coloca su espectro en el banquillo de los acusados, para sentenciar al desencarnado, y concluir con un veredicto de piedad, más afrentoso que la misma condena de traidor de que se le acusaba. ¡Oh, si el hombre de Ayacucho hubiera en

(13) — El 28 de julio de 1838 el General M. Trinidad Morán, venezolano de nacimiento, escribía al General Domingo Nieto: “El General Orbegoso me da en cara con que la división de Ud., es peruana; como por decirme que yo soy extranjero, sin acordarse que mi nacimiento en

ese instante podida irrumpir en la sala de las injurias, como el Comendador de Piedra!

Unió sus destinos con los de una alta dama de Guayaquil, la ciudad tropical y apasionada, llena de amores y perfumes; pero sus abrazos glaciales de fantasma, resultaron estériles, y ha pasado por el planeta como un astro maldito, que ni siquiera deja tras de sí quien lleve su nombre, (14) ilustrado por la gloria y vilipendiado por la envidia.

La figura de La Mar hace pensar en las transmigraciones de los mitos orientales. En la reencarnación de un filósofo o caudillo de milenios anteriores, vuelto al planeta con todas las grandezas del espíritu que exhibió bajo el Sol de los días pretéritos, y con todas las miserias de un *karma*, que debe depurar en la hoguera del dolor y del oprobio, bajo el golpe del

el Perú tiene un origen mucho más elevado que el suyo: *a él lo arrojó aquí la Naturaleza y a mí mi espada, mi sangre, mis hechos*, para poder decir hoy con orgullo que soy uno de los patriarcas de la independencia, con tan iguales derechos, como ciudadano, a los suyos, tan interesado en la felicidad de la patria como él lo puede ser; y sin que sea un problema, con menos aspiraciones que él". (P. Pruvonena. *Memorias y Documentos para la Historia de la Independencia del Perú*. T. II, Pág. 588).

(14).—Después de escritas estas líneas me entero en el libro del Sr. Luis Hinojosa "Ayacucho", pág. 29, de que La Mar durante su estancia en España tuvo un hijo, el que a su vez formó familia en el Perú. El último descendiente fué la señorita María Rosa Palacios, hija de Amanda La Mar y del heroico marino peruano Enrique Palacios, que luchó en la cubierta del Huáscar el 8 de Octubre de 1879, y gravemente herido mantuvo la resistencia como jefe de la nave, después de muertos los jefes de ella: Contralmirante Grau y Comandante Aguirre y herido el Comandante Carvajal. Palacios murió pocos días después del combate de Angamos a consecuencia de las heridas recibidas; y su hija María Rosa finó hace un par de años, concluyendo con ella la descendencia del Mariscal La Mar.

He aquí las palabras de Hinojosa:

"Según datos dignos de fé, el General La Mar antes de casarse en Guayaquil tuvo familia en España; hijo del Gran Mariscal y nacido en la península, fué don Pedro José de La Mar, que vino al Perú, donde casó con la señora doña María Luisa Mariátegui y Tellería, hermana del

martillo de la desgracia, y entre los lanzazos de las más ruines mezquindades. Por eso hubo en su frente cativa, en sus ojos amables de expresión extraña, y en su sonrisa triste, una sombra de misterio. Por eso hubo en su palabra en ciertas ocasiones una fuerza avasalladora que, como en la junta de guerra en vísperas de Ayacucho, doblegaba a los opositores. Son los trozos de astro de primera magnitud, que conserva de los tiempos en que fuera sol de un firmamento esplendoroso, hace muchos miles de años...

Olivar de San Isidro — Mayo de 1941.

Luis Alayza y Paz Soldán.

prócer Don Francisco Javier Mariátegui y Tellería. De este matrimonio nacieron: Alcibiades, casado con doña Teresa Ramírez, fallecido en 1874; Isidoro y Gregorio, mellizos, nacidos en 1848; Ismael, nacido en 1849 y muerto en 1865; y Amanda de La Mar y Mariátegui nacida el 1.º de Abril de 1842, habiendo fallecido el 17 de Septiembre de 1925, después del centenario de Ayacucho. Hija de esta última señora es la señorita María Rosa Palacios y La Mar, biznieta del Gran Mariscal, e hija del héroe del Huáscar Don Enrique Palacio, la que actualmente vive como la única descendiente de La Mar.

Don Ismael de La Mar y Mariátegui, joven marino, nieto del Gran Mariscal, murió a la edad de 17 años en 1865 a bordo del buque "Meteoro", defendiendo al Gobierno de Pezet, bajo las órdenes de su tío el Almirante don Ignacio Mariátegui".